



MARÍA FRISA

EL

NIDO

DE LA

ARAÑA

Katy vive con su hija en un piso de lujo que, tras meses sin trabajar, Katy ya no puede mantener. Así, ambas se ven obligadas a mudarse a un pequeño apartamento de un edificio casi vacío de Madrid.

Poco después, Katy recibe una misteriosa llamada en la que le ofrecen el trabajo de sus sueños. Parece el golpe de suerte que necesitaba. Lo que no imagina es que una compleja telaraña tejida con los errores del pasado se cierne sobre ella y que su peor pesadilla está a punto de empezar.

Índice de contenido

Prólogo. Viernes 24 de mayo de 2013, 20.50

Primera parte. Katy

1. Cuando el secuestro aún podía evitarse
2. El secuestro
3. El plan
4. El disparo

Segunda parte. Los otros

1. Viernes 24 de mayo
2. Sábado 25 de mayo
3. Lunes 27 de mayo
4. Martes 28 de mayo
5. Lunes 4 de junio

Epílogo

Nota de la autora

Agradecimientos

Sobre la autora

*Para Juan, por el valioso regalo de su amistad
y por no dejarme caer
Para Mijangos, por la idea y por su irracional
confianza en mí*

Psicosis debe verse desde el principio... y, por favor, no revele Vd. el final. No dispongo de otro.

Cartel de la película *Psicosis*

Si estás jugando una partida de póquer, miras a los demás jugadores y no sabes quién es el pardillo, entonces es que eres tú.

El golpe (1973),
dirigida por GEORGE ROY HILL

PRÓLOGO

VIERNES 24 DE MAYO DE 2013, 20.50

—Mami.

Los ojos de Katy se humedecen al comprobar que Zoe sigue con vida.

Se ha escondido en la última cabina de los aseos para evitar que alguien de Global Consulting & Management la descubra. La puerta de vidrio esmerilado y bisagras de acero no llega hasta el suelo y por el hueco se ven un par de sofisticados zapatos negros de cuña.

—¿Estás bien, cariño, estás bien?

—Mami, quiero que vengas. —La niña alarga las sílabas, habla muy despacio.

¿La habrán sedado? La imagen de Zoe bajo los efectos de algún narcótico y a merced de los secuestradores incrementa su angustia. Apenas la deja respirar.

—Falta muy poco, te lo prometo... —consigue decir.

—Ya es suficiente —la interrumpe una voz robótica, distorsionada por algún aparato—. ¿Tienes la pistola? —le pregunta el hombre.

Ella asiente. Lleva la Astra sujeta al muslo derecho con una funda táctica de velcro.

—Si quieres recuperarla, sigue al pie de la letra nuestras instrucciones. Y recuerda que te vigilamos, así que no hagas ninguna tontería.

—¿Cómo sé...? —Agarra con tanta fuerza el teléfono que tiene los nudillos muy blancos por la presión—. ¿Cómo sé que después cumplirán su parte y la liberarán?, ¿me lo garantiza?

—Te garantizo que si no lo haces, morirá —se burla él.

El hombre cuelga. Ella permanece unos segundos sentada en la tapa del inodoro, demasiado conmocionada pa-

ra reaccionar. El inmenso alivio de saber que su hija está viva se mezcla con el miedo. Solo tiene cinco años, ¡cinco años! Se muerde el labio inferior, pero no consigue contener las lágrimas.

Al levantarse, las piernas le flaquean. Está tan cansada... Se apoya en la pared. Inspira hondo un par de veces, expulsa el aire por la nariz. Abre la puerta de la cabina y sale.

Se ha puesto un vestido negro con la falda abullonada para que la pistola no se marque a través de la tela. Le queda ancho. Ha adelgazado en los siete días que han transcurrido desde que raptaron a Zoe y ahora los huesos parecen querer atravesarle la piel.

Se guarda el móvil en el bolsillo. Le han ordenado estar siempre conectada. Siempre disponible.

En GCM, los aseos, al igual que el resto de la oficina, son espaciosos y tienen una decoración moderna y minimalista que proclama un lujo sin ostentación. En la pared de grandes losas negras destaca la inmaculada blancura del mural del lavabo.

Se aferra al borde romo de la porcelana. Siente vértigo. Pavor a haberse equivocado. Resultaría tan sencillo obedecer a los secuestradores... «Para bien o para mal, no hay vuelta atrás —le dice su vocecilla interior—. Un pasito más. Venga, levanta esa barbilla. Un pasito más».

Acerca las manos a uno de los grifos de metal de los que el agua mana en forma de cascada. Se levanta la meleta y se moja la nuca.

Un poco mejor.

Con dedos temblorosos, abre el neceser que ha dejado en la encimera. Le han dicho que la vigilan, ¿también aquí habrán conseguido introducir una cámara? Por si acaso, continúa representando el papel de madre desesperada. No le resulta difícil. Está realmente desesperada.

Yergue la cabeza, con la mandíbula afilada apuntando al espejo. Se limpia con una toallita de papel las manchas de rímel. Se esfuerza en retocarse la base de maquillaje. Se recoge el pelo en una coleta, se peina con los dedos el largo flequillo y se lo coloca detrás de la oreja izquierda.

Al terminar, saca despacio el envase de Trankimazin. Extrae una de las dos pastillas de color salmón que quedan en el blíster. Duda un momento y al final la mastica entera. Cierra los ojos, se concentra en la respiración a la espera de la oleada de calma.

—Hola.

Katy se sobresalta. No ha oído abrirse la puerta. ¿Quién demonios...? Se tranquiliza al ver a su lado a una jovencita a la que vagamente ubica en la sección legal. Aunque desconfía del personal de Global Consulting & Management, no cree que su presencia guarde relación con el secuestro.

La chica también se ha asustado al encontrarse a la responsable de Negocio Digital. Con sus enormes ojos claros, su carita de muñeca, la melena rubia y su baja estatura siempre le ha recordado a esa actriz tan dulce, a Amanda Seyfried.

Ahora le alarma su aspecto descuidado. Es obvio, por sus ojos enrojecidos, que ha estado llorando, y la gruesa capa de corrector no oculta sus ojeras. Se da cuenta de que es mayor de lo que calculaba. ¿Cuarenta?, ¿cuarenta y dos?

Por la oficina corren algunos rumores, como el de que Gonzalo Márquez y ella son amantes. También ha oído a su jefe y a Saúl Bautista referirse a Katy como «la pirada». ¿Será por esto? ¿Habrá ocurrido otras veces?

Más que la eficaz y distante economista de siempre, da la impresión de ser una niña desamparada, perdida. Su indefensión la impulsa a consolarla.

—¿Te encuentras bien?

Katy la mira con fijeza, frunce el ceño y los pliegues en las comisuras de los ojos se le acentúan. No se le da bien

inferir las emociones de los otros. ¿Qué es?, ¿preocupación?, ¿lástima?, ¿enfado? La preocupación y el enfado son las que más le cuesta diferenciar.

De cualquier forma, no puede perder más tiempo. No está segura de si los secuestradores la observan, pero sí de que lo que va a ocurrir a las 22.00 en la sala de reuniones de Global Consulting & Management será uno de esos sucesos que conmocionarán al país. ¿O serán lo bastante poderosos para silenciarlo?, ¿para ocultárselo a los medios de comunicación?, ¿a la policía, incluso?

A pesar de la gran presión a la que está sometida y del miedo que siente, se propone que la chica recuerde el encuentro. Si algo falla, quizá sea lo que necesite su abogado para conseguirle el atenuante de trastorno mental. Con mis antecedentes será sencillo, piensa con amargura.

—Estoy agotada —le contesta Katy sin mentir.

Pone la mano en el brazo de la chica un par de segundos. ¿Será suficiente? Le preocupa exagerar.

Se separa de ella y se da la vuelta. Se dirige a la puerta de salida con pasos cortos y cuidadosos para seguir dando muestras de abatimiento. Y porque no es fácil caminar con naturalidad con una semiautomática en el muslo.

PRIMERA PARTE

Katy

No hay ningún terror en un disparo, solo en la anticipación a él.

ALFRED HITCHCOCK

Se llega más lejos con una palabra amable y una pistola que solo con una palabra amable.

Los intocables de Eliot Ness
(1991),
dirigida por BRIAN DE PALMA

1

CUANDO EL SECUESTRO AÚN PODÍA EVITARSE

1

El día en que oí por primera vez el nombre de Global Consulting & Management empezó como cualquier otro.

—Zoe, termina de vestirme —le pedí por tercera vez a mi hija. Alcé la voz para que me oyese desde el dormitorio.

Tiritando a pesar de llevar una manta sobre los hombros, envolví su sándwich. Jamás imaginé que terminaría viviendo aquí; de lo contrario, me habría esforzado con la reforma. Entonces el dinero no era un problema; ahora ya no tiene remedio. Pasé la bayeta húmeda por la fea encimera de formica.

Dejé su almuerzo en la mesa, demasiado voluminosa. Tan grande como el resto de los muebles que no había conseguido vender en Wallapop.

—Venga, que no se nos puede escapar el autobús.

Las piernas me temblaron solo de calcular cuánto costaría un taxi hasta el exclusivo colegio en las afueras. El Saint Charles era el desagüe por el que se esfumaban nuestros ahorros. Todas las mañanas me repetía que sería más sensato matricular a Zoe en un colegio más cercano y asequible. Y cada mañana me repetía también que no la sometería a más cambios a no ser que no quedase más remedio.

En octubre de 2011, la autoridad judicial dictó el embargo de PlanDeMarketing, mi consultoría estratégica de modelado y desarrollo de negocios. Y de un golpe, igual que se arranca una planta de raíz, a nosotras nos extirparon de nuestro mundo y nos trasplantaron aquí. Perdimos nuestro espacioso ático, las cuentas corrientes, las acciones, el BMW y la casa en la playa. Solo conservé las inversiones

que había «diversificado»: el pisito para alquilar que adquirí en 2009 —ridículamente barato— y que escrituré a nombre de una sociedad fantasma y el dinero negro que escondía en la caja fuerte del dormitorio.

Quince meses más tarde, en el pisito vivíamos nosotras, no había conseguido reincorporarme al mercado laboral y nuestras reservas monetarias se habían agotado con las cuotas del Saint Charles y el desesperado intento de reciclarme con un máster en Negocio Digital.

Zoe entró en tromba en el salón.

—Cariño, no vengas aquí, que te vas a enfriar —la reñí.

Era enero y el termómetro del salón marcaba trece grados. Tan solo dejaba encendido el radiador eléctrico durante la noche en nuestro dormitorio, así que esa era la única habitación que mantenía el calor.

Me fijé en que iba descalza y con una zapatilla en cada mano. Enseñarle a atarse los cordones era otra de nuestras tareas pendientes. «Un grave rasgo de falta de autonomía», me recordaba su tutora en cada reunión. Y entonces ¿para qué narices se ha inventado el velcro?, pensaba yo. No lo decía en voz alta porque la única vez que lo hice creo que se molestó. O eso deduje de su lenguaje corporal. Por si acaso, no he vuelto a mencionarlo y seguimos esforzándonos con los cordones.

—¿Aún no te has puesto los calcetines? Venga, al dormitorio. —La empujé entre bromas.

Después de asegurarme de cerrar la puerta, dejé la manta encima de la cama y me acuclillé a su lado.

—Estoy malita. —Tosió aposta en mi cara un par de veces—. ¿Ves cuánta tos?

Me limpié con los dedos las gotitas de saliva que habían salpicado mi mejilla.

Le aparté un mechón de los ojos, esos que ella tanto odiaba. Eran la causa por la que inventaba excusas para no ir al colegio. Algunas tardes, cuando el autobús escolar se alejaba y ya no podían verla sus compañeros, se echaba a

llorar. El corazón se me encogía de pena. Y de rabia. Le apretaba la manita y no le hacía preguntas. A esas alturas ya conocía el motivo: habían vuelto a meterse con ella en el recreo. A llamarla «alien», «Pikachu», o lo que tocara esa semana.

Sus ojos llamaban poderosamente la atención. Eran únicos, excepcionales, de un gris vaporoso como los míos y rasgados como los de Gong Yoo, su padre.

—¿Estás enferma de verdad? —indagué.

Habíamos establecido un pacto: ser siempre sinceras la una con la otra. Para mí resultaba demasiado fatigoso cuestionar cada una de sus palabras o gestos.

Rodeó mi cuello con sus bracitos y apoyó la cabeza en mi hombro.

—Jo, mami, déjame quedarme contigo y con Oso Pocho.

Abracé su cuerpecito frágil y delgado. Noté sus huesos como ramas que pudieran quebrarse. Suspiré. Total, por un día podríamos hacer novillos e irnos al zoo. Fantaseando con esa posibilidad, enterré mi cara en su cabello, tan liso y negro. Inspiré su calidez con aroma a coco. Le besé la nuca, el cuello, le mordisqueé las tersas mejillas y me separé de ella.

Hizo un puchero encantador ladeando la cabecita. Algo que ella sabía que le funcionaba y siempre me ablandaba. Pero ese día no. «Eres su madre, tu obligación es ayudarla a convertirse en una mujer fuerte y segura de sí misma, una como la que tú aparentas ser. Eso, y enseñarle a atarse los dichosos cordones, claro», me regañó esa vocecilla que habita en alguna parte de mi mente.

—No. Venga —dije levantándome—. Ponte los calcetines mientras me visto.

No me molesté en quitarme la vieja camiseta desteñida que usaba como pijama ni en ponerme uno de mis diminutos sujetadores. Agarré de la silla los vaqueros y la sudadera azul. Aparté a Oso Pocho, el peluche de Zoe con el que